
Fútbol: espectáculo e identidad

Luis H. Antezana J.*

“Para admitirlo habría que plantear en el punto de partida la presencia de tres, y no sólo de dos actores: los dos combatientes y un testigo, un espectador, bajo la mirada de quien se desarrolla el combate”.

Tzvetan Todorov

“Se puede ser de un equipo por muchos motivos (yo lo soy porque soy madrileño y no iba a ser del Atleti, qué ofensa; por Di Stéfano y por una niñera que me mentía diciéndome de niño que era novia de Gento, lo cual me lo hacía como de la familia)”.

Javier Marías

Quizás, en su libro *La revolución que nadie soñó* (1996), Fernando Mires pudo haber también tratado la “revolución deportiva” junto a las revoluciones microelectrónica, feminista, ecológica, política y paradigmática, que habrían cambiado el mundo contemporáneo. En efecto, el mundo actual no sólo está plagado de actividades deportivas, sino que muy probablemente el deporte sea uno de los mecanismos de socialización más difundidos y, ahora, arraigados. En esa vena, no es arbitrario que se busque entender los procesos y procedimientos de identidad social en el mundo estudiando –investigando– los deportes.

En el nudo de esa (hipotética) “revolución deportiva” estaría, sin duda, el llamado “deporte espectáculo”¹. Sin ignorar que el deporte espectáculo transita una gama que va desde los ejercicios aeróbicos que se realizan ante un aparato de televisión hasta los juegos olímpicos, pasando por la elección de Mister Universo en un teatro en Las Vegas o el US Open, y sin ignorar que, pese al parecido, cada juego tiene sus propias reglas, me limitaré aquí a examinar el espectáculo del fútbol.

En lo que sigue veremos primero algunos de los alcances y características del “fútbol espectáculo”, y luego intentaremos articular esos índices con el tema que ocupa a este seminario, el de la identidad y el deporte. En este ensayo me han si-

* Lingüista, sociólogo e historiador, CERES, Bolivia.

do muy útiles los trabajos de Paul Yonnet, relativos al deporte en general, y los de Christian Gromberger, dedicados, más concretamente, al fútbol.

Espectáculo

Quisiera evitarlas, porque ya son parte de nuestro sentido común, pero para diseñar un poco el horizonte repasemos algunas verdades de perogrullo futboleras.

Actualmente, el fútbol es el más universal de los deportes y supone una multitud de articulaciones sociales. Debido a su continuidad y frecuencia competitivas, es mucho más significativo aún que las olimpiadas. La red económica que implica es tan extensa y poderosa que, como se sabe, la FIFA es actualmente toda una multinacional, y la maraña empresarial ahí articulada es omnipresente². Su articulación con los medios de comunicación masivos es tal que hoy en día, por ejemplo, uno puede pasarse días y días enteros viendo fútbol por TV: no sólo ya innumerables ligas (inter)nacionales, sino también múltiples campeonatos continentales, justas intercontinentales y, por supuesto, una serie de noticieros y programas relativos, muchos de ellos a su vez articulados con/en la Internet, medio cuyo seguimiento implica, de acuerdo a Travis, toda una “realfabetización” cultural (Travis, 1998).

Con un poco de participación activa uno puede andar comentando, hoy en día, los triunfos del Galatasaray turco, con el pie todavía mágico del rumano Hagi brillando por ahí, o los costos multimillonarios de la transferencia del portugués Figo al Real Madrid, o puede andar especulando sobre las motivaciones que impulsan a Berlusconi o a Gil y Gil, quienes alían fútbol, política y empresas como si fueran caras de una misma moneda. O, en otra vena, uno puede estar buscando leer las memorias de Di Stefano (*¡Gracias, vieja!*) o las recientes de Maradona (*Yo soy el Diego*), la biografía de Garrincha (*Estréla solitaria*) y, también, puede andar buscando o leyendo los ahora innumerables libros o compilaciones que la literatura y las ciencias sociales le han dedicado a este deporte. También se puede, si no hay un partido decisivo en escena, correr al cine para ver el estreno de *El portero* de Gonzalo Suárez. Etcétera, etcétera. En suma, desde pasiva hasta activamente, vivimos rodeados de fútbol, de “fútbol espectáculo”. Muchos viven de él, diría, y muchos más vivimos, quiérase o no, en él.

¿Cómo vivimos en el fútbol? Obviamente, no todos lo vivimos jugándolo, en el sentido común –lúdico– del término. Tampoco lo vivimos, aunque es un nudo de nuestra articulación con él, observándolo directamente. Mi sospecha es que, fundamentalmente, lo vivimos verbalizándolo. Dicho de otra manera: vivimos hablando –sea como sea– de él y de sus avatares.

Aquí, “hablar” o “verbalizar” están inclinados hacia las funciones pragmáticas del lenguaje, es decir, cuando el lenguaje es también acciones, actos (“actos

de habla,” diría Searle). Ejemplo: hay un penal en la cancha. De acuerdo a nuestras simpatías, lo consideramos legítimo o ilegítimo. Lo discutimos inmediatamente, y más aún: lo seguiremos discutiendo frecuentemente. Esa discusión o, más simplemente, esa aceptación o negación verbal, le otorga valores de sentido a dicho penal. Pues bien, nuestra participación activa en el fútbol espectáculo es a través de ese tipo de verbalizaciones. Esos valores –polémicos, en el ejemplo– no están en el juego, en el partido; más bien, se producen al hablar, comentar –discutir, aprobar, rechazar, etc.– esos otros actos que suceden o sucedieron en las canchas, en los partidos, en los campeonatos, o incluso en la historia y chismografía de este deporte. Nuestros gritos de alegría o nuestras expresiones de lamento ante los goles, nuestras loas a nuestros héroes o estrellas, nuestras imprecaciones a los árbitros, en fin, hasta nuestras reflexiones sobre este deporte son verbalizaciones pragmáticas, marcadamente performativas, es decir, otros tantos actos que se articulan con los que suceden en la escena. Así viviríamos en el fútbol: hablando de él, en performativo (nada extraño en rigor, pues en general así vivimos nuestras vidas sociales).

Este hecho podría ser subrayado con una observación de Bromberger, quien luego de indicar las características que facilitan el arraigo masivo del fútbol –reglas simples, recursos cómicos y trágicos, coparticipación de los espectadores (1998: 13-35)– destaca, precisamente, los alcances de su dimensión verbal:

“Pero son las opiniones de [los] hinchas, quienes discuten infatigablemente los logros o fracasos de su equipo, las que nos dicen aún más [que las características mencionadas] acerca del sentido de este fanatismo y acerca de las razones profundas de su universalidad” (1998: 35, traducción libre).

O sea: “actos escénicos allí + actos verbales aquí (o más allá)” sería pues la ecuación que socializa al fútbol espectáculo. Pero, claro, hay un espacio, digamos, donde se realiza esa serie de acciones. Ese espacio –o estructura, o sistema, si se prefiere– implica, mínimamente, a dos tipos de actores sociales: los jugadores profesionales rivales y los espectadores.

Con los jugadores como actores, creo, no hay ningún problema: ellos son parte fundamental de la puesta en escena. Los espectadores, a primera vista, no parecen tan activos: mientras lo primeros trabajan, literalmente, los otros ocupan su ocio. Pero hoy en día, cuando se caracteriza al fútbol espectáculo, es necesario destacar que allí los espectadores son también, en rigor, actores. Como en un teatro griego clásico –es una propuesta de Yonnet (1998: 30-31)– o en una ópera, los espectadores son el coro del espectáculo. Y, sin duda, constituyen coros sumamente activos. Basta observar las galerías en un partido relativamente importante para verificar la complejidad de ese hecho. Esta coparticipación, desde ya, no se reduce a los actores *in situ*. Más allá están los seguimientos corales a través de la radio o la televisión y, en última instancia, en las noticias escritas de los diarios o revistas, en Internet, o, simplemente, vía los chismes. Y nada más obvio sobre la

participación activa de los y las “ausentes” que las celebraciones partidarias, regionales o (inter)nacionales por parte de actores multitudinarios, los que, por mera aritmética, no podían estar *in situ* en el momento de una victoria. Esas celebraciones son, dicho sea de paso, tan parte del espectáculo como la caída teatral para motivar, en nuestro ejemplo, un penal.

El fútbol espectáculo sucede dentro y fuera de la cancha. Mediando la verbalización performativa, ese espectáculo es prácticamente ininterrumpido, y, sin duda, multifacético. De ahí que vivimos en el fútbol... actuando, unos más explícita o frecuentemente que otros. Dicho sea de paso, los actores jugadores no sólo corren y patean, sino que también verbalizan permanentemente su juego, sobre todo fuera de la cancha³. Piénsese, por ejemplo, en el ahora inactivo Ronaldo o en los míticos Pelé, Beckenbauer, Platini o Maradona, entre tantos otros quienes, como nosotros los “espectadores” y como los jugadores “en ejercicio”, no cesan de actuar futbolísticamente, aunque ahora sólo jueguen sus (otros) múltiples papeles fuera de las canchas.

Los actos, en general, y los actos verbales en particular, suponen –todos– órdenes sociales de comportamiento: “Es que las cubas huelen como el vino que tienen” (Gadda). Y, por ahí, no sólo entramos en el terreno de las socializaciones compartidas, sino también en el tenue –por difícil– terreno de la ética. No todas son flores en este espectáculo; en rigor, es también muy espinoso. El *fair play* es sólo un horizonte más que un conjunto de reglas. Desde los *fouls* a mansalva, pasando por las tarjetas amarilla y roja, y terminando en batallas campales *in situ* después –o antes– de los partidos, o en los asesinatos de rivales, el espectáculo del fútbol sucede, también, violentamente. Hay actores altamente especializados en esa parte del juego: las barras bravas, por ejemplo y, por supuesto, las fuerzas públicas del orden⁴. En la última Copa europea, las tácticas que discutían entrenadores y jugadores no eran para otro juego, en rigor, que para aquel cuyas medidas de seguridad planteaban a su vez las policías holandesa y belga, en coordinación con el ministerio de gobierno británico, *vis-a-vis* los futuros participantes “espectadores” de los partidos. No conozco ni poseo una explicación amplia para este tipo de actos; las de detalle suelen ser motivadas pero son difícilmente generalizables. Las explicaciones *more* “naturaleza humana” o “condicionantes sociales” –o hasta “psicosocioanalíticas”– no acaban de convencerme. A ratos me inclino por la posibilidad teatral de no descuidar la inclusión de personajes “malos” en todo drama o comedia, como las polaridades locales entre clubes podrían ilustrar: todo bueno tiene su malo y viceversa, y sus encuentros tienen –curiosamente– la categoría de “clásicos” o “*derbys*”. Aunque, quizás, menos analógicamente, habría que inquirir en los haceres de la “razón instrumental” que invertiría descrédito en un ámbito para obtener réditos en otro. Tal vez, esta otra cara del fútbol es parte del “precio” que esta forma de cultura debe pagar –éticamente– para constituirse como tal, en el sentido de Benjamin, según el cual todo monumento de cultura –de civilización– es, también, uno de barbarie (1980). Inversio-

nes que, por otra parte, no dejan de producir ganancias y poderes: eso de “hacerse el macho”, por ejemplo, claramente perceptible en estos actos, ha sido, como se sabe, una inversión instrumental altamente rentable a lo largo de la historia del mundo.

De todas maneras, sin olvidar estas facetas penumbrosas (dopaje incluido) el fútbol es una cadena –o red, si se prefiere– de actos y actores sociales.

Por otra parte, la coparticipación (ampliada) de los actores radicaría en el carácter democrático del juego. “Democrático” en el sentido de que cualquiera, independientemente de sus determinaciones sociales de origen, puede acceder, a través del fútbol, a la riqueza económica, a la fama internacional, en fin, al reconocimiento afín a los ámbitos sociales del poder o poderes vigentes. Como precisa Bromberger, recogiendo las propuestas de Ehrenberg (1992):

“La popularidad de los deportes radica, en gran medida, en su capacidad de encarnar el ideal de las sociedades democráticas, mostrándonos, por medio de sus héroes que, ‘sin importar quién, puede convertirse en alguien’, que los status no se adquieren desde el nacimiento sino que se conquistan a lo largo de una existencia” (1998: 30-31, traducción libre).

Que ahí jueguen también aparatos “políticos” para acceder más lucrativa o rápidamente a esos poderes, es otra historia: lo notable es que se puede haber nacido en una favela y, años después, vía el fútbol, vivir como millonario y hasta gozar de una fama, como se dice, “olímpica”. Aquí estamos hablando, sobre todo, de los jugadores profesionales de las últimas décadas, cuerpos técnicos, empresarios, inversores, *mass media*. Pero, también, este hecho implica a los “espectadores”, cuyos réditos habría que medir en ese otro tipo de dólar que es –siempre ha sido– el reconocimiento grupal (sobre este tema, ver Todorov, 1995). Y por ahí entramos en principio a temas relativos a la identificación futbolera pero pertinentes, ciertamente, a otras articulaciones sociales más amplias.

Al respecto, creo que las precisiones de Yonnet en su *Systèmes des sports* son las más sugerentes, sobre todo porque destacan el carácter “técnico” (hábil) del deporte en escena. Cuando caracteriza el “esqueleto” del deporte espectáculo destaca que ahí, en la arena, están –o debieran estar– rivalizando los mejores jugadores-actores existentes: [a]hí “se admira a fenómenos inimitables”, dice, y añade:

“[L]a admiración, lejos de impedir la identificación, parece, por el contrario, provocarla, arraigarla. En una primera aproximación se podría decir que porque existe esta distancia imposible de llenar, ese inaccesible de la ejecución [*performance*]; porque el deportista profesional que opera en el terreno no es un representante de la identidad técnica de aquellos que lo observan, ya sea porque estos están completamente incapacitados, ya sea porque sus aptitudes son limitadas, es por ello que [el deportista profesional en escena] se convierte en el representante de una identidad no técnica: *la*

identidad del grupo. En el deporte sucede, pues, un fenómeno muy particular: la relación de identificación entre los espectadores y los deportistas que los representan sólo se construye y logra su plena fuerza explosiva debido a esta distancia técnica” (Yonnet, 1998: 45, subrayado del autor, traducción libre).

La admiración por los (muy) hábiles, además, es hasta rizómatica, es decir, suele diseminarse en los más extraños y ajenos ámbitos sociales. No faltan hinchas de un equipo relativamente difundido en cualquier parte del mundo y muchos héroes del fútbol son, en rigor, internacionales. Por otra parte añadiría que, en el fútbol, “la identidad del grupo” requiere a su vez pruebas pragmáticas de su cohesión, fidelidad, constancia, fama relativa, en fin, “fuerza explosiva”, como la denomina Yonnet. Esta se traduce en los actos corales ya indicados y, a su manera, tiende a producir otros niveles de excelencia, sobre todo ante los grupos partidarios rivales. En la escena global del fútbol, habría entonces algo así como una “excelencia partidaria” paralela o proporcional a la “excelencia técnica” de los admirados jugadores... y equipos correspondientes. Para resumir ese hecho, en una entrevista de ESPN, el *coach* Alex Ferguson del Manchester United decía recientemente que “Durante cuarenta años, nuestros fanáticos han sido los mejores del mundo y [por ello] se merecen lo mejor”: el Manchester acababa de ganarle 5-1 al Anderlecht y estaban, entrevistador y entrevistado, valorando, entre otros, los tres goles de Andy Cole.

El peso proyectivo que tienen las victorias es el más evidente indicador de esta interrelación. Y ni que hablar de los campeonatos a niveles crecientes de excelencia universal. Pero no todo es para los vencedores. En el fútbol existe una máxima que también implica a los perdedores: “son cosas del fútbol”, se dice, cuando se pierde. Fórmula que, por otra parte, implica el grado de incertidumbre que caracteriza, pese a los grados de excelencia, al juego. *Aufhebung*, por un lado; realismo o *catarsis*, si se prefiere, por el otro. Son actos desde ya inseparables⁶ que a veces necesitan de batallas campales para ser completamente ejecutados –o de algún chivo expiatorio circunstancial, como por ejemplo los árbitros o los entrenadores.

Estas últimas notas parecen inclinarse hacia los resultados obtenidos en las canchas por los jugadores pero, en *retro*, el peso que tienen los juegos locales vs. los visitantes indica el papel decisivo de los actores corales en todo ello. Y si no basta con preguntarle a un árbitro cualquiera, quien en estos casos no sólo debe controlar el partido en juego sino, también, cuidar de no provocar excesivamente a la multitud partidaria presente. Lo de local vs. visitante parece algo mítico, fantasmal, sobre todo cuando se enfrentan equipos de muy distintos grados de excelencia. Sin embargo, así sucede: hasta en Brasil se planifica de otra manera cuando va a jugar de visitante, y su mayor tragedia histórica es aún el “maracanazo” uruguayo del ‘50. Al respecto, nosotros, los bolivianos, tenemos 3.600 m sobre el nivel del mar como parte de nuestra corralidad local (Mendoza, 2000). Aquí, en Quito, creo que andan por los 2.700 m⁷.

Antes de dejar este acápite, quisiera añadir un hecho que también juega en los mecanismos de identificación afines al fútbol. Teniendo en cuenta que “nuestros” equipos no necesariamente participan en todas las lides y pensando, además, que los actuales seguidores del fútbol espectáculo persiguen –vía los *mass media*, sobre todo– muchos tipos de encuentros o campeonatos, no habría que olvidar el llamado “complejo de David”. Dado que por principio se trata de un sistema de actos compartidos, los espectadores futboleros no podrían ser totalmente pasivos ante un partido de fútbol: deben decidir a quién apoyar, aunque los equipos en pugna les sean relativamente ajenos. En general, como se sabe, los espectadores circunstanciales optan por el más presuntamente débil de los equipos. Esta identificación no implica ningún tipo de arraigo intersubjetivo, pero es una actitud no sólo frecuente sino, diría, hasta constante; y no es ajena, creo, al mecanismo de identificación propuesto por Yonnet, porque ahí también entran en juego las distancias técnicas que articulan su propuesta (por ejemplo, Yonnet, 1998: 104-106). Lo de David tiene que ver, por supuesto, con el gusto o la esperanza de ver caer a Goliat.

Hasta aquí he privilegiado la verbalización pragmática, performativa, como nudo articulador del “fútbol espectáculo”. También he indicado los mecanismos de identificación social, destacando el papel que en todo ello juega para todos los actores el reconocimiento social. Y he señalado el “complejo de David”. A continuación, veamos la cuestión de la identidad.

Identidad

Entre otras posibles aproximaciones, el tema de la identidad (social) en el fútbol podría ser considerado como parte del debate entre las identidades culturales vs. las metaidentidades –o identidades universales. Hoy en día, ese debate supone una suerte de axioma: es necesario afirmar –es decir, no negar– las diversas identidades culturales existentes. Luego empieza el debate propiamente dicho. En grueso, para unos, hay ahí un desafío para aprender a vivir socialmente de otra manera: en heterogeneidad, en diversidad, como dirían los posmodernos; en abigarramiento, como diría Zavaleta Mercado (1983: 16-19). Para otros hay ahí un peligro, en la medida en que la sublimación de las identidades culturales tiende a convertir la vida social en un diálogo de sordos. Estos últimos desean algún tipo de universalidad –de metaidentidad– común que permita diálogos, concertaciones, en fin, tareas comunes entre las diversas partes⁸.

En el fútbol podemos reconocer en juego tanto identidades culturales particulares como metaidentidades. Quizás algo de lo que ahí sucede podría, si no extrapolarse, por lo menos aproximarse al debate mencionado. Veamos.

En primer lugar tendríamos las identidades por clubes, llamémoslas *tifosi*, aprovechando el término italiano que implica un contagio febril. Las identidades

tifosi son irreconciliables, como se sabe, y se producen incluso en una misma zona o localidad: Roma vs. Lazio, Celtic vs. Rangers, Inter vs. Milan, Boca vs. River, Espanyol vs. Barcelona, Pumas vs. América, etc. Para medir sus extremos, recuérdese a la OCAI o, más infamemente, a los enfrentamientos y asesinatos entre hinchas rivales⁹.

En segundo lugar, es también un hecho que el fútbol implica metaidentidades nacionales, cuando de campeonatos mundiales o intercontinentales –entre seleccionados nacionales– se trata (por ejemplo, Villena, 2000). Es un hecho, en este caso, que las identidades *tifosi* locales se dejan a un lado y se suscriben las identidades nacionales. Al respecto, recuérdese por ejemplo la decisión napolitana de pujar por Italia ante Argentina, en 1990, aunque su dios –Maradona– era parte de la selección argentina. En este caso habría una doble articulación de identidades, en la que una tiene que ver con la adicción al juego mientras que la otra se relacionaría con una articulación previa: la ciudadana. Por ejemplo, en los encuentros intercontinentales o, más precisamente, en las eliminatorias para el mundial, Grimson demuestra que los hijos de los migrantes bolivianos nacidos en la Argentina apoyan a la selección argentina vs. sus padres, que todavía apoyan a la boliviana (1999: 146-148). Suscribiría, en esta vena, las propuestas de los politólogos que consideran a la ciudadanía un articulador social mucho más dúctil que el restringido a funciones electorales o estatales afines (Arditi, 2000: 120-121).

Hasta ahí operan, en el fútbol, las articulaciones existentes entre las identidades *tifosi* y las nacionales. Desde ya, en ambos casos, como destaca Fernando Mayorga, la “camiseta” es el emblema de las identidades en juego (comunicación personal). Recuérdese, hoy en día, todos los rituales –dentro y fuera de la cancha– que acompañan su uso: incluso los 400 millones de dólares que la Nike le pagó a la FBF por incluir su logo en ellas. Antes de precisar el posible funcionamiento de dichas identidades, veamos algunos hechos convergentes.

La metaidentidad nacional ya no opera en otros tipos de campeonatos internacionales como las copas entre clubes, por ejemplo la Copa América o la Copa de Campeones europea. Ahí la identidad *tifosi* es, nuevamente, la determinante. Si mi rival *tifosi* juega contra un equipo extranjero, apoyaré al extranjero. Lo que importa es que mi rival local “pierda”. En 1992, en el partido Boca vs. Oriente Petrolero, la hinchada de Boca pujaba por el Oriente en su propia cancha, pues si el visitante lograba empatar, River quedaba fuera de la Copa Libertadores. Si en estos casos surge alguna aparente metaidentidad es sin duda más por efecto del mencionado “complejo de David” que de una arraigada identidad nacional. No hay que olvidar que, en este tipo de torneos, dos equipos de la misma nación pueden, de hecho, disputar una final, como fue el caso del Real Madrid vs. el Valencia en la última Copa de Campeones de Liga europea. En estos casos, lo nacional es, obviamente, impertinente. Este tipo de probabilidad –y de hecho– es decisivo para no fantasear al respecto.

Por otra parte, la metaidentidad presente en los mundiales o copas de seleccionados nacionales nos indica el límite de sus alcances: puesto que siempre habrá un rival al frente, es imposible, en el fútbol, una supraidentidad, llamémosla así, más allá de la metaidentidad nacional: sería como identificarse, al mismo tiempo, con los dos equipos que disputan la final de un mundial. En Occidente, salvo esquizofrénicamente, no veo cómo sería posible ese tipo de identidad múltiple.

A este nivel se suele asumir que cuando las finales –u otras etapas eliminatorias– son del tipo selección europea vs. selección latinoamericana, operaría una supraidentidad del tipo Europa vs. Latinoamérica. Ese presupuesto deja de lado que esos encuentros son también, de hecho y muy a menudo, Europa vs. Europa, Latinoamérica vs. Latinoamérica. Cuando surge esa –supuesta– supraidentidad me parece más coherente volver a tener en cuenta por un lado el “complejo de David” y, por el otro, no olvidar la dimensión fáctica de los discursos que, sobre todo en los *mass media*, aprovechan esas circunstancias. Lo fáctico, como se sabe, no implica un mensaje, o una articulación intersubjetiva sino, simplemente, el mero establecimiento de un contacto comunicativo con la audiencia. En esos casos, las posibles supraidentidades (latinoamericana, europea u otras posibles) mencionadas o invocadas son, simplemente, parte del discurso que utilizan los *mass media*, reitero, para interpelar mejor a su más inmediata audiencia: basta cambiar de canal para notar la diferencia.

En todo esto, no hay que olvidar que la identidad en el fútbol es un mecanismo relativo, básicamente binario: alguien tiene que perder para que otro gane. O sea: siempre habría por lo menos dos identidades sociales –*tifosi*, fundamentalmente– en juego. Dicho sea de paso, esa relación no es dialéctica, es diferencial: el perdedor pierde y el vencedor “gambetea nubes”. Si hubiera alguna forma de síntesis totalizadora, el fútbol espectáculo perdería su significado fundamental, es decir, su carácter competitivo, azar o incertidumbre, espectadores incluidos.

Pero ahí, en el fútbol espectáculo, suponiendo arraigadas y de hecho manifiestas tanto la identidad *tifosi* como la metaidentidad nacional: ¿cómo se articulan? ¿Por qué no se excluyen mutuamente? ¿Por qué, en torneos internacionales, uno puede ser “nacional” a nivel de seleccionados, pero *tifosi* a nivel de clubes? Para mí la respuesta es gramatical. Y tengo que ofrecerla a ese nivel, pues, como vimos, articulé verbalmente –a nivel pragmático– nuestra manera de “vivir” el fútbol. Pese a las apariencias, gramaticalmente, los seres humanos no tenemos problemas para pasar de un “nosotros” exclusivo a otro inclusivo. Muchos idiomas, como el tupí y el quechua por estos lares, incluso poseen formas explícitas de esta operación gramatical que, obviamente, no implica ninguna torsión mental¹⁰. Más cerca, en nuestro mero castellano, fijándonos en los usos, a las mujeres no les es problemático utilizar, según los casos, “nosotras” o “nosotros”. Son capacidades a la vez distintivas y articuladoras que poseemos lingüísticamente –más o menos explícitas según los idiomas¹¹. O sea, contamos con instrumentos

verbales para no paralogizar estos (dos) tipos de inclusión colectiva. Este vehículo gramatical permitiría –digámoslo con García Canclini– “lo híbrido” que implica ser, a la vez, y de acuerdo a las circunstancias, *tifosi* y nacional.

Una palabra más: el fútbol espectáculo contemporáneo nos demuestra, por otra parte, que es posible no sólo pensar sino operar exclusiva e inclusivamente al mismo tiempo. Con una que otra excepción “localista”, todos los equipos –grandes y pequeños– son, hoy en día, internacionales, es decir, integran metaidentidades nacionales en las *tifosi*: el penúltimo Barcelona parecía la selección holandesa. Más aún, como ejemplarmente lo ha demostrado la última selección francesa, campeón del Mundo y de Europa, una selección nacional puede ser, de hecho, multicultural: con el argelino Zidane, el argentino Trezeguet, el vasco Lizarazu, etc., y uno que otro “francés” como Barthez. Tanto que Francia, “la más nacional de las naciones” según Anderson (1993), reconoció, después del último mundial que, en rigor, era una nación “plurinacional”.

Para terminar, una sospecha. En el fútbol, por lo visto, no es tan difícil conjugar aceptablemente múltiples “identidades culturales”. Quizás en lo concreto es algo problemático, sobre todo para los entrenadores, lidiar con formas culturalmente distintas de jugar al fútbol, o para los profesionales andar cada año cambiando de camiseta o de idioma pero, en la mayoría de los casos, local o nacionalmente, el hecho es fácilmente observable: hay campeonatos y campeones –clubes y selecciones nacionales– plurinacionales, pluriculturales. Hipotéticamente, por lo que se puede observar en el fútbol espectáculo actual, bajo un sistema básico de reglas comunes, no parece ser ningún problema el hecho de articular diversas identidades culturales –*tifosi* y nacionales, en principio. Si el fútbol tuviera razón más allá de su –pese a todo– limitado recinto, entonces, quizás el problema entre las identidades culturales (locales) vs. las metaidentidades no sería, en rigor, un problema, salvo para aquellos que así lo quieren entender, vaya uno a saber por qué. Quizás.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo (comp.) 2000 *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Anderson, Benedict 1993 *Sociedades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Arditi, Benjamin 2000 “El reverso de la diferencia”, en Arditi, Benjamín (comp.) *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Barker, Paul 1996 “Jeux dangereux en Angleterre”, en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c'est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.
- Benjamin, Walter 1980 “Über den Begriff der Geschichte”, en *Gesammelte Schriften* (München: Suhrkamp).
- Brohm, Jean-Marie 1999 “Una multinacional del beneficio”, en Seguro, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).
- Bromberger, Christian 1998 *Football, la bagatelle la plus sérieuse du monde* (Paris: Bayard).
- Bromberger, Christian y Jean-Marc Mariottini 1994 “Le rouge et le noir. Un derby turinois”, en *Les enjeux du football* (Paris) Actes de la Recherche en Sciences Sociales N° 103.
- De Brie, Christian 1996 “Le marché de la corruption”, en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c'est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.
- Ehrenberg, Alain 1992 “Estadios sin dioses”, en *Revista de Occidente* (Madrid) N° 134-135.
- Fontanarrosa, Roberto 2000 *Puro fútbol* (Buenos Aires: De la Flor).
- Grimson, Alejandro 1999 “El fútbol o el debate sobre la nacionalidad”, en *Debate de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Leclerc, Marcel et al 1996 “Football, ombres au spectacle”, en *Les Cahiers de la Sécurité Intérieure* (Paris) N° 26.
- Marías, Javier 2000 *Salvajes y sentimentales. Letras de fútbol* (Madrid: Aguilar).
- Mendoza Leigue, Adolfo 2000 “La altura en el banquillo de los colonizados”, en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

- Mignon, Patrick 1996 “Racisme et violences”, en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c’est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.
- Mires, Fernando 1996 *La revolución que nadie soñó o la otra cara de la posmodernidad* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Murray, Bill 1994 “Celtic et Rangers. Les irlandais de Glasgow”, en *Les enjeux du football* (Paris) Actes de la Recherche en Sciences Sociales N° 103.
- Nys, Jean-François 1999 “Una apuesta económica”, en Seguro, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).
- Ramírez, Jacques Paul 1998 “Fútbol e identidad nacional”, en *Ecuador Debate* (Quito) N° 43.
- Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) 1996 *Le sport c’est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.
- Ramonet, Ignacio et al 2000 “El fútbol y la cuestión nacional”, en Seguro, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).
- Searle, John R 1990 *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje* (Madrid: Cátedra).
- Seguro, Santiago (comp.) 1999 *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).
- Todorov, Tzvetan 1995 *La vida en común. Ensayo de antropología general* (Madrid: Taurus).
- Travis, Molly Abel 1998 *Reading cultures. The construction of readers in the twentieth century* (Carbondale: Southern Illinois University Press).
- Villena, Sergio 2000 “Narrativas y rituales de la identidad: la nación, la región”, en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Yonnet, Paul 1998 *Systèmes des sports* (Paris: Gallimard).
- Zavaleta Mercado, René 1983 *Las masas en noviembre* (La Paz: Juventud).

Notas

1 Sobre los alcances y la definición de “deporte espectáculo” ver Yonnet (1998: 17-51, sobre todo, y *passim*), quien lo articula con –pero también lo distingue de– el “deporte distracción (*loisir*)”.

2 Sobre el fútbol y la economía ver, por ejemplo, Brohm (1999), Nys (1999), y sobre la “cara sucia” de esa economía De Brie (1996).

3 Y dentro también, por supuesto, como cuando se ofenden mutuamente o reclaman tarjetas amarillas, o mejor rojas, al árbitro.

4 Sobre el tema de la violencia social en el fútbol ver el número monográfico relativo al tema que le dedicaron los *Cahiers de la Sécurité intérieure del IHESI* (Leclerc et al, 1996); también, destacando los vínculos entre fútbol, violencia y nacionalismo ver, por ejemplo, Barker (1996), Mignon (1996) y Ramonet et al (2000) (también en nota 9, *infra*).

5 Al respecto, la OCAL (Organización Canalla Antileprosa) puede considerarse ejemplarmente demostrativa. Para pertenecer a la OCAL no es necesario ser hincha de Rosario Central (“canallas”), basta con odiar a su rival local, el Newell’s Old Boys (“leprosos”); sobre este tema, ver Fontanarrosa (2000: 76, 130).

6 En el fútbol profesional, el empate prácticamente no existe, aunque se lo cuantifique en determinados campeonatos. A la larga, gana el ganador por puntos, goles por diferencia, “gol de oro” o, finalmente, por penales.

7 Por el contrario, pero en la misma vena, hace poco escuché comentar por TV que en la actual Mercosur había aumentado notablemente el porcentaje de los partidos ganados por visitantes, y ello podría explicarse por la escasa asistencia de espectadores... locales.

8 Sobre este tema ver Arditi (2000), quien ofrece un buen panorama actual de los alcances y matices de este debate.

9 Sobre este tema y sus matices ver el capítulo “Nous et les autres” (Bromberger, 1998: 59-89) y, para algunos casos de detalle, por ejemplo, Murray (1994) y Bromberger y Mariottini (1994). Aquí no habría que olvidar las rivalidades regionales en juego, que, más allá de las locales, incluso implican “nacionalismos locales”: ver por ejemplo Ramírez (1998), o el capítulo “El fútbol y la cuestión nacional” de Ramonet et al, en Seguro (1999).

10 En quechua, el nosotros exclusivo es *noqayku*, y *noqanchej* el inclusivo; en tupi, el *oré* y el *ñande*, respectivamente.

11 Esta articulación no impide desplazamientos del “nosotros” hacia otros usos como, por ejemplo, el uso retórico de “nosotros” por parte de algunas

autoridades en sus discursos quienes, cuando dicen “nosotros”, en rigor quieren decir “yo”. Pero, la distancia gramatical siempre anda por ahí: no tiene el mismo alcance “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos” que “nosotros, los seres humanos”.